


#MALOS



¿DE QUÉ
LADO
ESTÁS?

LUIS ÁVILA

 Planeta

UN
FENÓMENO
wattpad

#MALOS

**¿DE QUÉ
LADO
ESTÁS?**

LUIS ÁVILA



05.20 p.m.

—¿Mamá? Soy yo, Tracy. Por favor, contesta el teléfono... No me siento bien. Llámame en cuanto escuches el mensaje. Te quiero.

07.00 p.m.

—Comienzo a preocuparme y entiendo que tienes mala señal en el viaje pero contesta, por favor. Theo me ha dejado... Estoy destruida. Te quiero, mami. Me siento horrible.

07.15 p.m.

—¿Hola?

—...

—¿Theo, estás ahí?

08.12 p.m.

—Quiero hablar contigo. Contesta el maldito teléfono, Theodore. Déjame explicarte por qué te grité de esa forma. Adiós.

08.19 p.m.

—¿Hola? Por favor, escúchame. Aunque no quieras que hablemos, tienes que saber por qué te traté de esa manera. A veces te comportas de una forma que me confunde terriblemente. Te quiero, pero no puedes hablarme así, entiéndeme. Yo, solo...

11.02 p.m.

—¡Hola, cariño! Recién llegamos con Richard al aeropuerto y enciendo mi celular. ¡No sabes cuán hermosa es esta ciudad! También fue muy bello el viaje en avión, pero tantas horas para cruzar al otro lado del mundo fue algo agotador. Oh, espera, están entrando más mensajes.

11.04 p.m.

—Cariño, ¿estás ebria? No sabes cuánto lamento lo de Theo. Si quieres, puedes venir al viaje con nosotros, mi presupuesto alcanza para sacarte un boleto por Internet y solo tendrías que retirarlo por ventanilla una hora antes de que tomes el avión. Contesta, quiero saber cómo siguió todo. Te quiero.

11.58 p.m.

—Hija, es la séptima llamada que te dejo. Dice Richard que si no contestas en cinco minutos, enviará a la policía a casa. Nos tienes muy preocupados.

Esa noche, un agente me encontró a punto de sumergirme en un sueño profundo.

Pero estaba despierta.

Lo cierto es que no volví a ser la misma desde entonces.

Pero vamos desde el comienzo.

Conocí al estúpido de Theodore Landon en una fiesta clandestina. Mi primera fiesta, en realidad. Las anteriores solo habían sido palomitas, la computadora portátil y películas cursis, con una lista de invitados bastante selectiva: mis novios literarios imaginarios y yo.

▲ 1 ▼

—Tracy, tienes que abrir más ese escote.

Mi amiga Charlotte a veces resulta muy intimidante. Disfruto su compañía, solo que a veces me da miedo cómo cambia su forma de ser con tal de encajar en algún grupo y así conseguir novio.

Ella es mi Sector de Noticias: me comunica lo que hay más allá de mi biblioteca virtual, las *apps* de mi celular o las *boybands* que suenan en mi *playlist*.

—Tienes un corazón enorme —dice mientras acomoda el cuello de mi camisa—, pero debes dejarlo salir —y suelta los primeros tres botones.

—¡Eh! —me libero de sus manos y cubro lo mío nuevamente—. Deberías dejarme lucir mi estilo. Si alguien se fija en mí, será por lo que soy y no por lo que debería ser.

—Bla, bla, bla...

Me vuelvo a prender dos de los tres botones liberados y mi amiga deja escapar un resoplido.

A continuación, como si no pudiera ser peor, Lottie (apodo con tono afectuoso) baja la mirada por accidente y en ese momento repara en mis jeans sueltos color negro. Esta vez, me mira con expresión de enojo.

—Está bien —le digo, cediéndole el paso a mi armario—. Solo procura elegir algo que no sea corto. Sabes que detesto mis piernas.

—Como todas —murmura contenta por mi permiso de pasar al guardarropa. Mientras revuelve prendas, añade—: La diferencia está en la actitud que tienes para llevarlas aunque no te gusten.

Le echo un vistazo a las suyas con algo de envidia y molestia por

lo que acaba de decir. Comprendo a qué se refiere pero hay diferencias tajantes entre su cuerpo y el mío. Ambas tenemos una altura media aunque la suya es de diez centímetros mayor que la mía. Mido 1,64 y mi peso incluso es mayor aunque no muy exacerbado.

«Gordita», «rellenita» suelen ser los términos «afectuosos» con los que se refiere la gente para hablar de las personas como yo. Diez kilos de más no son la gran cosa, por eso no llego a rótulos más crueles.

—Perfecto —dice al sacar un jean que no veía hace tiempo. Es azul y con roturas en los muslos.

—¡Eso es de hace dos años!

—No importa. Te quedará excelente.

Sé por qué lo dice. No uso la ropa adherida al cuerpo, por lo tanto, cuando me lo compré, seguramente me quedaba suelto, como todo.

Mmm, ahora debe ser ajustado.

Demasiado ajustado.

Lottie me codea mientras entramos a la casa de un grupo de muchachos donde acaba de comenzar la fiesta.

—No camines como si estuvieras paspada —me exige.

—¿Cómo es que seis personas de al menos diecisiete años viven solos? —le pregunto anonadada por el descontrol perceptible desde afuera.

Nosotras no tenemos ni movilidad propia.

Aún siento en las fosas nasales el olor nauseabundo del taxi que nos tomamos al llegar.

—La mayoría tienen veinte —me contesta y un grupo de muchachas de último año pasan por nuestro lado mirándonos de reojo.

Lottie les sonrío tratando de ser agradable, sin embargo, una rubia le responde poniendo los ojos en blanco.

—Te dije que no cerraras tanto tu escote —me recrimina Lottie como si yo fuese la culpable de que ese par de chifladas hayan decidido ignorar nuestra presencia.

Sin embargo, soy una persona insegura y mi amiga es alguien que sabe descifrar a los que nos rodean, por lo que puede que tenga razón.

Desprendo el segundo botón de mi camisa dándole el gusto,

aunque ella va tan concentrada en saber si los demás reparan en nosotras que no se detiene a darme su aprobación.

—¿Cómo puede ser que tengan veinte y sigan en la escuela? —le pregunto siguiendo el hilo de nuestra conversación, antes de cruzar la puerta.

La casa tiene un bonito jardín delantero y aparentemente tranquilo, pero imagino lo fuerte que debe estar la música allá adentro. No nos permitirá tener una conversación tranquila.

—Son de familias adineradas y CI desinteresado —me explica.

Mi amiga pone su mano sobre la manija de la puerta y la detengo.

—¿No vas a llamar?

Antes de que termine de pronunciar la última palabra, soy consciente de la estupidez que he dicho.

Los modales no existen en una situación como esta.

—Disculpa —digo y me sonrío.

En ese instante, abre la puerta hacia afuera y una ensordecedora canción de rock me golpea... Al igual que un vaso de licor en el rostro.

▲ 2 ▼

—¡Ohhh!

El imbécil que me tiró su bebida encima es un muchacho que vi antes en la escuela e incluso somos compañeros en algunas asignaturas de último año.

—Disculpa, gordita —me dice y el ardor que nace en mi interior comienza a subir en forma de bilis hasta mi garganta.

Escucho «Sugar» en los altoparlantes pero, realmente, la situación no tiene nada de dulce. A excepción de mi pelo y mi rostro.

Lottie saca un pañuelo de su bolsillo y me limpia.

—¡Idiota! —le grita mientras me ayuda—. Dime dónde tienen un baño en esta casa.

Él parece incómodo.

No sé si es un gesto sincero, pero lo valoro...

Cuando mi amiga logra despejarme los ojos, diviso que junto a este muchacho dolido (por lo que me ha hecho) hay otro indiferente a lo que sucedió. Ni siquiera se limita en contestar a lo que dijo mi amiga Lottie.

«Calma», me digo a mí misma. «No tienen la culpa. Fue un accidente».

Por fin, el inexpresivo acompañante del que me arrojó la bebida encima señala hacia el piso de arriba.

Demonios. Tendré que pasar delante de todos los invitados para llegar hasta el baño.

No solo repararán en mí por ser la *friki* que nunca va a las fiestas sino por ir empapada en un asqueroso licor que seguramente me ha corrido el rímel de los ojos.

Procuro no mirar a los costados cuando pasamos entre la multitud hasta llegar a las escaleras. En un instante, diviso que el acompañante mudo del idiota que me arrojó la bebida se quedó clavado a la puerta mirándonos.

Es muy apuesto, pero no soporto imaginar lo que debe estar pensando mientras subimos y escuchamos risitas a nuestras espaldas.

—Una entrada triunfal —bromea mi amiga y me limpia el rostro con una toalla húmeda.

Se ha sentado en el retrete y yo estoy de pie para facilitarle la tarea.

—Ha estado bien —también ironizo y ella corresponde con una risita—. Al menos logré captar por un segundo la atención de todos.

—Algo que Summer logra solo con elegir una falda muy corta y ajustada.

—¿Summer?

—La rubia que puso los ojos en blanco al vernos entrar.

—Oh.

¿No lo dije antes?

Charlotte Sector Noticias es quien me tiene informada de todo lo que sucede en el mundo mientras prefiero leer novelas desde mi celular o escuchar música en el ómnibus, aislada del exterior gracias a mis auriculares. O una combinación de ambas cosas.

De pronto, recuerdo los ojos grises que se plantaron en mí apenas entré a esta casa.

—¿Y quiénes eran esos dos que nos dieron la bienvenida? —le pregunto a Lottie.

—Uff. El que te arrojó la bebida es Neo.

—¿Y su amigo?

—Theodore Landon. Conozco su nombre completo ya que durante una clase de Literatura lo descubrieron copiándose y la profesora le quitó el examen. Además, escribió su nombre en la pizarra para exponerlo frente a todos.

—Zorra —murmuro.

—Me parece bien —me contesta con algo de extrañeza—. Incluso me parece inusual en ti, que siendo alguien tan correcta, no te agrade la medida que tomó nuestra profe con la actitud de Theodore.

Y me sorprende a mí misma, que en mis pensamientos le doy la razón a Lottie.

En ese momento alguien golpea la puerta.

—¡Está ocupado! —grita mi amiga.

—Lo sé —contesta la voz de un muchacho al otro lado—. Por eso quiero entrar.

—¿Quién es ese enfermo? —murmuro muy bajo.

Ella carraspea y se dirige hasta el umbral.

—No lo sé, pero yo calmaré su ansiedad.

A continuación, abre la puerta y un muchacho entra.

Su presencia es imponente: cabello negro enrulado, piel aceitunada y brazos musculosos. Sus ojos grises clavándose en mi dirección son lo que más me asusta.

Viene directo hacia mí.



—Puedes marcharte —murmura con la voz ronca, sin quitar la mirada de mi rostro.

¿Acaso me... me está acusando de algo?

En ese momento, las piernas comienzan a temblarme y siento que en cualquier momento voy a echarme a llorar.

—Lo... Lo... siento —digo y agacho la mirada mientras hago ademán de retirarme.

Él me interrumpe poniendo un dedo sobre mi frente y me detengo.

—Tú no.

Esquivo su gesto psicópata y miro a mi amiga por encima del hombro de Theodore.

Está roja de la bronca o por una mezcla de sentimientos que le produce la situación. Siempre busca encajar; sin embargo, ahora la están echando.

—Nos iremos de la fiesta, disculpa —le digo en un tono tan bajo que procuro que no se me quiebre la voz.

—Exacto, y no volveré a esta maldita casa en mi vida —contesta Lottie a la defensiva—. A propósito, la fiesta es un asco.

—Solo quiero que salgas del baño —dice él sobre su hombro, girando un poco la cabeza pero sin mirar directamente a mi defensora.

—¿Para qué? —pregunta—. Ni loca te dejaré con mi amiga a solas.

Mis ojos se posan en mis zapatillas y luego en las de él. Ambos llevamos el mismo par de Converse, solo que las mías son rojas y las suyas grises.

Él extiende su mano, pidiendo (¿o exigiendo?) la toalla húmeda.

—Solo pretendo ayudar —dice y parte de mi horror muta a una indescriptible electricidad entre mis piernas.

O en el pecho.

Como sea, la sensación es muy similar o mi nerviosismo es tal que no puedo distinguir ni cuánto es dos más dos.

—De-déjalo —le pido a mi amiga.

De todos modos, en cualquier momento tendré que cambiarme la camisa y de manera OBLIGADA tendrá que marcharse.

Porque lo hará.

¿No es así?

En ese instante, Charlotte cede y le pasa la toalla mojada a Theodore.

Mi celular comienza a vibrar en el bolsillo trasero de mi jean y

pienso en cuán mal debe estar pasándolo ahí atrás en tan poco espacio para manifestarse.

De pronto, pienso en mamá, que me dejó venir a esta fiesta no sin muchas resistencias de su parte, antes de que Lottie y yo saliéramos de casa.

—Esperaré afuera —dice ella y sale.

—Cierra la puerta —le pide Landon—. Si alguien pregunta por mí, díles que fui a comprar cigarrillos.

Mi amiga frunce el entrecejo ante la respuesta de nuestro compañero y decide salir, dejándome a solas con un peligroso idiota en el baño de la fiesta.



No puedo creer que haya permitido esto.

¿Charlotte? ¿Mi amiga? Ha sucedido todo con mi consentimiento pero nunca pensé que pudiera dejarme a solas con un total desconocido.

Cuando caigo en la cuenta de lo que he accedido a hacer, el horror invade mi interior y me hace temblar. ¿Qué ocurre? Lottie me dejó a solas con un peligroso psicópata lleno de tatuajes y músculos intimidantes.

¿Podría llamar a mi madre?

No.

Ni siquiera opto por sacar mi celular para ver los mensajes que no dejan de llegar.

—¿No te vas a fijar? —dice él percatándose de que el dispositivo no deja de vibrar.

—No —le contesto ahora con el tono de voz un poco más seguro—. Sería descortés. Me estás ayudando.

Él sonríe mientras estruja la toalla y la empapa nuevamente con agua tibia del lavabo. ¿Quién lo diría? Al parecer tiene experiencia en lo que se trata de limpiar.

—Siéntate —me dice, indicando el retrete.

—Mejor hazlo tú —me excuso—. Si te agachas mucho es probable que luego te duela la cintura, eres incluso más alto que mi amiga...

—Siéntate —repite esta vez acentuando la palabra y el gesto en sus ojos es más frío.

—Disculpa.

Y me siento... Me siento una estúpida.

Un gatito indefenso que responde a las órdenes de un león furioso.

Tengo miedo de que un error en mi conducta provoque otra de sus reacciones violentas. Bueno, no son violentas en el sentido estricto de la palabra pero sí con una firmeza que supera los límites de lo normal.

Cuando me pasa la toalla por el lado del rostro que mi amiga no limpió, procuro que mi mirada no se cruce con la suya.

Es intimidante.

Puede que su actitud esté siendo buena pero no es nada correcto lo que hace.

Su manera de ser tan impredecible es lo que me aterra.

Algo me llama la atención: el dibujo de un triángulo invertido en su antebrazo logra distraerme...

—Cierra los ojos —me pide.

Oh. Me descubrió mirándolo.

Respondo a lo que ordena y cuando pasa la punta del paño por mis párpados, lo hace con una suavidad que me sorprende, a juzgar por lo fuerte que se ve. Sin embargo, parece tener un buen control de sus impulsos.

Perdón, retiro lo dicho.

Meterte en un baño mientras dos chicas están dentro es algo sumamente imprudente e impulsivo.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto en un intento de comenzar una charla capaz de aminorar la tensión entre ambos.

—Ya lo sabes —contesta con firmeza.

Claro.

Estuvo escuchando detrás de la puerta mientras mi amiga hablaba. Eso es de muy poca cortesía. Pero nada es cortés en este sitio; por ejemplo, entrar a una casa sin llamar antes.

—Y yo sé el tuyo. Tracy —responde.

Se me genera un nudo en la garganta, que busco desatar preguntándole:

—¿Vives aqu...?

—Abre los ojos.

Evado lo que estaba preguntando y opto por despegar los párpados. Sus pupilas inyectadas me miran muy cerca e instintivamente hago retroceder mi cabeza.

—Wow —murmuro.

—No voy a besarte.

Lo sé. Nadie desea besarme.

—Disculpa —contesto.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

—Disculparte.

Creo que ya empieza a molestarme lo mandón que es, por lo tanto decido cometer una estupidez.

Las palabras salen de mi boca sin siquiera darme tiempo a pensarlo:

—No pareces tan rudo como aparentas.

—¿Cómo dices?

—Yo... yo...

Mi amiga golpea la puerta y ambos escuchamos su voz:

—¿Y bien? ¡¿Qué está pasando ahí dentro?!

Demonios. ¡Que cierre su boca!

—Repite lo que dijiste —dice él con dureza.

Mi amiga vuelve a golpear y Theodore se pone de pie.

Reparo en su vestimenta: camisa negra ceñida al cuerpo y jeans grises como sus ojos. Sin embargo, cuando mira hacia atrás, el cuello de su camisa se abre y distingo un lobo mirándome con ferocidad. Es el tatuaje más osado que he visto en mi vida; aunque no logro verlo completo sí aprecio que comienza en su cuello, del lado derecho, y debe concluir en su hombro y pectoral.

Su paso es seguro. Pero no puedo asustarme... o no más de lo que ya lo estoy.

Una mezcla de miedo y excitación me cala los huesos.

Mientras tanto, él no parece enojado. O bien, parece estarlo siempre, sin embargo su gesto no logró inmutarse demasiado.

Mi piel se eriza cuando mi acompañante retrocede hasta la puerta y le coloca el pestillo.

—Yo... Solo... —rebusco las palabras en mi cabeza hasta que finalmente creo encontrarlas: Me parece muy dulce tu actitud de ayudarme con lo que me hizo tu amigo, pero no entiendo por qué te comportas de un modo tan, no sé, ¿cruel? ¿Rudo?

—En realidad, vine a advertirte algo, Tracy Smith.

Me aferro a la tapa del retrete pero la suelto en cuanto me imagino los gérmenes que debe tener.

—¿Qué? —le pregunto.

—Van a herirte en lugares como estos. Simplemente no puedes venir.

Agacho la mirada y creo que me he sonrojado.

—Te he observado entre clases y percibo que no eres igual a todos. No encajas, ¿comprendes? Estas fiestas no son lo tuyo y la pasarás mal.

Ni que lo diga.

—Pero tú... —murmuro en su defensa.

Y él me corta en seco:

—No me busques. Yo puedo herirte más que nadie.

Finalmente arroja la toalla al suelo, quita el cerrojo y se marcha.

Charlotte está en la puerta, anonadada por lo que ambas acabamos de escuchar.

▲ 5 ▼

—Vámonos —me dice.

—No es justo —trato de que mi tono herido no se perciba—. Tenías muchas ganas de venir y aquí estamos. No podemos marcharnos simplemente porque me han tratado de un modo extraño.

—Fue irrespetuoso —afirma y me toma de un brazo.

Es casi en contra de mi voluntad pero Lottie me obliga a ir es-

caleras abajo, donde nos encontramos entre un montón de cuerpos, que chocan ebrios los unos contra los otros, y me siento algo aturdida. El ruido de la música repercute con fuerza en mis oídos, que solo están acostumbrados al volumen ocho de mi reproductor de música.

—Oh, por Dios —dice ella deteniéndome.

Estamos en la sala y nos encontramos con una banda de patanes sentados (o echados) en un sillón. Están fumando algo que parece ser ¿marihuana? Su olor es repugnante.

—Ese es Charlie —me grita al oído.

Sí, debe gritarme para que yo la oiga por encima de la música.

El muchacho que me señala tiene el cabello ondulado de color castaño, su piel es pálida y está sin camisa.

Tanta rienda suelta a lo hormonal me pone incómoda.

Realmente me siento como alguien que no encaja en sitios como este, donde cualquier adolescente «normal» se divierte. Quizá Theodore no estaba tan errado y yo, en efecto, no puedo relacionarme con el resto de las personas. Porque fue eso lo que me quiso decir, ¿cierto?

Respecto a él... ¿Adónde se fue?

—¡Ah! —da un grito mi amiga y me araña un brazo en cuanto Charlie gira su cabeza y mira directo a donde nosotras estamos.

Lottie se esconde detrás de mi hombro.

—Ya sabe que estoy acá, ¿cierto?

—Por supuesto que lo sabe, no deja de mirarnos —digo entre dientes—. ¿Qué le sucede? O a ti. Dudo que sea el muchacho de la biblioteca que siempre mencionas.

Su silencio otorga.

Demonios.

—¿ÉL ES EL CHARLIE QUE CREO QUE ES?

—Ajá.

Está drogado.

Alguien que en la escuela se esconde en la biblioteca y mi amiga se pasa horas admirando resulta ser un adicto a la marihuana que asiste a fiestas tan poco apropiadas como esta.

—Oh, no —mi amiga emite un quejido.

—¡Deja de arañarme!

Charlie se pone de pie y camina hacia donde estamos. Lottie, obligada, debe enfrentarlo.

Ahora que lo tiene no sabe qué hacer; por personas como ella luego nos califican a las chicas como «todas iguales». Provocan y después dan media vuelta para irse, dejando con ganas a los pobres muchachos extasiados.

Pero no, mi amiga en realidad entra en la categoría de tímidas... Se encuentra en una búsqueda activa de aventuras que luego desconoce cómo enfrentar.

—Damas —murmura acercándose a nosotras.

La mezcla de olor a menta, alcohol y colonia invade mis fosas nasales de inmediato pese a que se encuentra a casi un metro de distancia.

—Hey —saluda Lottie.

Yo correspondo sonriendo.

—¿Fuman? —dice él y levanta un porro entre los dedos.

Trago saliva y el corazón se me viene a la garganta.

Y, para mi sorpresa, Lottie acepta:

—Ehh... ¡claro!

Charlie nos pasa el cigarro de marihuana para que mi amiga haga el intento de fumar, aunque lo detengo antes de que el repugnante objeto llegue a manos de ella.

—Preferiríamos no hacerlo, gracias —me opongo lo más amigable posible.

Él se encoge de hombros y se lo lleva a los dientes.

—Qué sorpresa —dice mientras deja escapar humo por las fosas nasales. *Demonios, Charlotte, ¿qué le viste a este sujeto?*—. Nunca antes las había visto en una Crazy —prosigue.

—¿Una qué? —decimos ambas al unísono.

—Una fiesta Crazy.

—¿Estas fiestas clandestinas se llaman así? —pregunta mi compañera y el muchacho vuelve a dar una pitada.

—Ajam —expulsa el humo—. Solo hay una consigna para venir. O dos.

Intercambiamos una mirada de incredulidad. Sí, mi querida Prensa-Lottie, ¿con que esa no la tenías, eh?

—¿Podrías explicarnos las normas? —pide ella.

—Claro —conviene el muchacho y sonrío—. La regla principal es que aquí No-Hay-Reglas.

Wow.

Incluso me sorprende la manera en que mueve sus labios rojos para acentuar cada una de las sílabas.

—¿Y la segunda? —pregunta mi amiga.

Él nos mira de arriba abajo y responde:

—Vístete de *rocker*.

Ambas nos quedamos en silencio durante un rato y quizás eso explica tanto tatuaje, cuero, vestimenta de negro, tachas y descontrol.

Recuerdo la camisa oscura de Theodore y el lobo en su piel mirándome de manera desafiante, a tal punto que pareciera sugerir: «Ven. Abre esta camisa y descubre lo que hay debajo. Te quiero devorar...».

—¿Vamos? —me pregunta Lottie sacándome de mis pensamientos.

—¿Eh? —murmuro.

—¿Quieren venir a pasar el rato con mis amigos? —ofrece Charlie y cierta cuota de adrenalina se libera en modo de electricidad por mi abdomen—. Son buenos chicos.

Los observo.

Músculos. Alcohol. Tatuajes. Humo.

No.

Definitivamente no son buenos chicos.

Pero quiero ir con ellos...

▲ 6 ▼

—Mike —dice el primero. Tiene el cabello rapado, buzo de cuello abierto que deja entrever un collar de tachas. Sus ojos son color marrón oscuro quizás, pero a todos creo vérselos enrojecidos.

—Brandon —dice el segundo. Lleva el cabello rapado solo a los